
La presencia inglesa en México durante el siglo XIX

Alma Laura Parra

Este trabajo tiene como objeto presentar un panorama general de la presencia británica en México durante el siglo XIX. Trataré de señalar un conjunto de datos que permitan establecer su singularidad y asentar que los grupos de ingleses que hicieron casa en algún momento en México fueron distintos de otras comunidades extranjeras instaladas en nuestro país, por su impacto y por su origen.

Si observamos a los británicos en un periodo tan largo y a la luz de los impulsos que le dieron origen, muestran muy claramente una característica clave y constante. Esta característica consiste en que la presencia de ingleses en México se asocia directamente con la llegada de capital, ya fuera financiero, humano o de infraestructura. En todas estas modalidades, su arribo reflejó también las características propias del desarrollo de Gran Bretaña y México a lo largo del periodo y de la relación que se estableció entre ambos países en el contexto más amplio de la división internacional del trabajo.

Una segunda característica de importancia relacionada con la llegada de ingleses a nuestro país es la desproporción, en términos numéricos, de los individuos que llegaron, frente al impacto económico que significó la presencia inglesa en México. Pese a la carencia de cifras exactas de la llegada y permanencia de británicos en México para todo el periodo, podemos

detectar al menos ciertos grupos ligados con las oleadas de capital que se recibieron en distintos momentos.

En este sentido, su presencia es cualitativamente distinta a la de aquellas otras comunidades de extranjeros que se han formado en nuestro país a raíz de motivaciones de carácter político y/o social y cuya llegada a México responde mayoritariamente a factores de expulsión de sus países de origen.

La Gran Bretaña como primera potencia mundial

Como resultado de la Revolución Industrial que se desarrolló en Inglaterra con gran ímpetu desde mediados del siglo XVIII, la exportación de capitales adquirió un papel central en el sistema productivo de Gran Bretaña durante todo el siglo XIX y hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914.¹ Esta situación estaba apoyada por las grandes transformaciones internas que se habían operado en el interior de su economía, como la expansión industrial, la expansión de las comunicaciones y la introducción de innovaciones tecnológicas, tanto en la producción industrial urbana como en la producción agrícola. Estos factores coadyuvaron a un crecimiento del sector comercial que trascendió muy pronto las fronteras del propio país y que

permitió el afianzamiento de su sector financiero como el más sofisticado y perfeccionado en el mundo. El liderazgo financiero británico se debió también al saldo de las guerras napoleónicas, que habían postrado los sistemas financieros de Europa continental y la habían librado de posibles competidores.

Esta gran expansión se expresó en la conquista de mercados por medio de la consolidación del imperio británico, al asegurar, por un lado, la posesión de sus colonias (que había acrecentado a lo largo del siglo XVIII) y, por otro, la exportación de capitales y fomento del intercambio comercial de manufacturas británicas, para así lograr satisfacer “la búsqueda de la riqueza, el poder y el placer” iniciada en el siglo XVIII.²

Tomando en consideración estas dos modalidades principales de expansión adoptadas por Gran Bretaña podemos asumir que la colonización y posesión territorial directa en algunos países implicó una concentración de población de origen británico mucho mayor que la existente en aquellas regiones donde la expansión económica no significó el control político y administrativo directo. En la segunda década del siglo XIX, las áreas recién independizadas de España se convirtieron en buena parte del terreno que conformaría el imperio informal británico.³

La consolidación de la expansión financiera de Inglaterra a principios del XIX coincidió perfectamente con la independencia de las colonias españolas en América. A partir de la segunda década del siglo pasado, el centro de interés de las inversiones británicas se volcó hacia esta región, al tiempo que crecía el deseo de estos países por reconstruir sus economías, devastadas por las guerras de independencia, y por reanimar las actividades productivas más importantes. Durante los primeros años de la década de los veinte, América Latina recibió entre 25 y 30 millones de libras esterlinas.⁴

En México, a partir de 1821 la separación de España permitió que se sentaran las bases de las relaciones diplomáticas entre Gran Bretaña y nuestro país. Muy pronto Inglaterra reconoció la independencia de México, reforzando así su intención de formalizar su interés

económico. Un interés que ya era patente durante el periodo de guerra, cuando la presencia británica se había hecho sentir, al promover de manera clandestina las luchas independentistas por medio de préstamos y venta de armas a los ejércitos insurgentes, de envío de mercenarios y del apoyo abierto a conspiraciones.⁵

En México, la liga económica formal con Gran Bretaña fue promovida de dos formas. Una primera al contratar con casas comerciales británicas los primeros préstamos otorgados al gobierno (que promovieron a su vez el establecimiento de casas comerciales); y, segunda, como parte de las actividades de fomento prioritarias para la reactivación económica. Al igual que con los préstamos enviados, algunos mexicanos buscaron en Inglaterra fuentes de financiamiento para invertir en las minas de distintas regiones de México, cuya producción requería de nuevos capitales dada la emigración de cuantiosos fondos españoles de esta actividad,⁶ así como experiencia técnica para su rehabilitación.

La noticia de las riquezas mineras de México era bien conocida en el exterior, principalmente por la amplia difusión de la obra de Alexander von Humboldt en toda Europa. El viajero alemán había augurado enormes resultados para toda aquella empresa capaz de restablecer el trabajo de las minas en gran escala. Pero también los ingleses comenzaron a explorar las posibilidades de inversión por medio de enviados que recogían información básica sobre el estado y las potencialidades de las minas mexicanas. Inglaterra, por su parte, podía aportar el capital y la experiencia en explotación minera que había desarrollado con el uso de máquinas de vapor en las explotaciones carboníferas de distintas regiones de Gran Bretaña.

Durante este periodo se formaron en Inglaterra 46 compañías para operar en América Latina; 28 de ellas eran compañías mineras, y de éstas, 7 se instalaron en México como parte del interés común de los dos países.⁷

Viajeros y negociantes

Sentadas las bases que propician un flujo de británicos a nuestro país, llegan, por una parte,

los diplomáticos, representantes del gobierno cuyas instrucciones casi siempre consistían en establecer y ensanchar vínculos comerciales. Otros, después de haber actuado como negociadores de los primeros préstamos, se establecieron de forma más permanente para emprender y administrar nuevas empresas, y otros llegaron directamente a la minería.

Ahora bien, es necesario mencionar varias características de los ingleses que se encontraban en México en la primera mitad del siglo XIX. 1. No sabemos de qué tamaño era la comunidad británica en México; sin embargo, sabemos que controlaban durante la primera mitad del siglo XIX prácticamente toda la actividad comercial en gran escala. 2. Su involucramiento en dichas actividades los mantuvo vinculados con el gobierno y las élites mexicanas. 3. Existía una asociación directa entre las actividades comerciales y las actividades diplomáticas. Era frecuente, si no es que regla, que los funcionarios o propietarios de las grandes empresas comerciales funcionaran como oficiales consulares de Gran Bretaña en distintas ciudades del país. 4. La única emigración, que puede considerarse como tal, de británicos no ligados a las altas esferas de la sociedad mexicana y que constituyó una comunidad de carácter más permanente y con mayor asimilación en el largo plazo, fue la de los mineros de Cornwall, que fueron reclutados desde principios de los años veinte con el objeto de integrarse como mano de obra especializada en las labores mineras planeadas por las compañías instaladas en México a partir de 1824.

Dada la inexistencia de un registro oficial del número de británicos que había en México, las fuentes para apreciar el tamaño de su comunidad pueden buscarse en los propios registros que estos ingleses crean. Naturalmente, los registros diplomáticos nos deberían dar una idea sobre esto (trabajo no realizado hasta ahora), pero frecuentemente son también una buena fuente los propios registros diarios así como los informes de viaje que los ingleses han dejado como testimonio de su paso por este país. Aunque estos textos tenían por lo general el objetivo de orientar a la opinión británica, a los inversionistas y al gobierno sobre la situación mexi-

cana, son ricos en información sobre la cultura, la población, la geografía de extensas regiones, la política y la economía mexicanas, pero fundamentalmente nos ilustran detalladamente sobre sí mismos y sus compatriotas. Estos textos también proporcionan, de manera muy importante, información sobre los vínculos con las élites mexicanas, tanto en el nivel de los negocios como en el social. Aun cuando ha sido señalado que la actitud en México hacia el extranjero era ambivalente,⁸ y que los ingleses (así como otros extranjeros y, por supuesto, también la población mexicana) estaban expuestos a la violencia provocada por la inestabilidad política y económica prevaleciente durante ese periodo, es muy claro que, como representantes del capitalismo más avanzado, los ingleses fueron acogidos y respetados por las clases más acomodadas, al hacerlos sus socios y compartir usos sociales. A principios de los años cuarenta del XIX, la Marquesa Calderón de la Barca describía una fiesta organizada por los diplomáticos ingleses de la siguiente manera:

El baile de los ingleses en Minería [...] no podía ser más espléndido [...]. Ahí se encontraba reunido lo que se llama "todo México". [...] En todas las salas se encontraban retratos de la reina Victoria [...] y es que a los señores ingleses siempre les sale bien lo que se proponen llevar a cabo.⁹

Para la Marquesa, "todo México" era el cuerpo diplomático, el gabinete y las familias más acomodadas del país.

La pequeña pero poderosa comunidad de comerciantes británicos ha sido más estudiada por interesados en el comercio que por los estudiosos de grupos extranjeros. Estos trabajos nos indican claramente el dominio casi absoluto que tenían los ingleses sobre el comercio de importaciones y exportaciones en México, debido a la experiencia existente en su país relacionada con estas actividades y, sobre todo, por la liga que conservaron con Inglaterra, lo que les garantizaba el acceso al crédito y otros recursos sobre los comerciantes nacionales.

En 1826 existían 17 casas comerciales británicas en México; 14 se encontraban en la capital. Las casas más fuertes fueron la de Manning y Marshall (posteriormente Manning y Mackintosh) y la de Barron y Forbes, que subsistieron por un periodo muy largo. Para principios de los años sesenta eran muy pocas las que operaban, ya que las casas comerciales británicas que se establecieron en México durante la primera mitad del XIX tenían una vida de entre 3 y 5 años.¹⁰ Esto, aunque impide calcular con precisión el tamaño de la comunidad, nos da una idea de la presencia británica, considerando al menos que el propio agente que llegaba y a veces permanecía en este país era un súbdito británico. El tamaño de la comunidad británica se diluye si se considera que estos comerciantes establecieron ligas y asociaciones con comerciantes de otros países, como sucedió con el comercio del Pacífico.¹¹

Las casas comerciales inglesas fundamentalmente explotaban el comercio de importación y exportación, incurrieron en actividades de contrabando y especulación, mantuvieron ligas estrechas con los grupos gobernantes casi siempre desfavorables para el erario público y utilizaron sus representaciones diplomáticas como fuente de presión para el logro de sus objetivos.

Firmas como la de Barron y Forbes, por ejemplo, fueron formadas por Eustace Barron, de origen irlandés, y William Forbes, de Escocia. Se iniciaron en el negocio de bienes raíces en el área de Guadalajara; establecieron su centro de operaciones en Tepic y se involucraron en el negocio de importaciones y exportaciones, incluyendo plata y azogue, uno de los más lucrativos. Posteriormente consiguieron hacerse de la mina de azogue de Nuevo Almadén, en California, y lograron con ello el monopolio de su abastecimiento. Por si fuera poco, Barron fue cónsul de Inglaterra en Tepic y en el puerto de San Blas.

La compañía Manning y Marshall tuvo un estrecho contacto con el gobierno mediante la compra de bonos; éstos servían para comerciar con importadores y pagar los derechos aduanales obteniendo diferentes descuentos. Arrendaron la Casa de Moneda de Guanajuato y en Zaca-

tecas el estanco del tabaco. Ya como la Casa Manning y Mackintosh, se involucraron en actividades mineras en el norte del país; en intentos por reconvertir la deuda mexicana, comerciaron con concesiones que otorgaba el gobierno para realizar distintos proyectos. Como Barron, también Mackintosh ocupó un puesto diplomático desde 1839, cuando fue nombrado cónsul en la ciudad de México.¹²

Para mediados del siglo XIX el predominio de las casas inglesas había menguado notablemente. Gran número de ellas quebraron y disminuyó así la presencia británica en México en las actividades más lucrativas.

Los mineros de Cornwall

Desde 1824 se formaron, con el fin de trabajar en México, la Real del Monte Company, para explotar minas en Real del Monte, Pachuca y Michoacán; la Bolaños Company, para explotar minas en Jalisco y Zacatecas; la Tlalpujahua Company, con minas en el Estado de México y Michoacán; la Anglo Mexican, con sus intereses principales en Guanajuato, Estado de México, Querétaro y San Luis Potosí; la United Mexican Mining Company, con intereses también en Guanajuato, Jalisco, Zacatecas, Estado de México, Chihuahua y Oaxaca; la Mexican Mining Company, con establecimientos en Veracruz, Zacatecas y Oaxaca; y la Catorce Company, con intereses en San Luis Potosí, Querétaro y Estado de México. Aunque se desconoce el monto de inversión original de algunas de estas compañías, se calcula que en total invirtieron inicialmente alrededor de 3 millones de libras esterlinas.¹³

Acompañando al capital dedicado a reanimar la actividad en todas estas regiones, las compañías establecieron cuadros directivos formados por ingleses dedicados a la administración. Así, por ejemplo, la compañía Real del Monte tuvo directivos británicos como James Vetch, de origen escocés, Charles Tindal, John Rule y William Rule, quienes pertenecían a una familia minera de Cornwall, John Buchan y, temporalmente, Roderick Mackenzie, Russell Brenchley y William Woodfield. James Vetch¹⁴ dirigió también

la compañía de Bolaños junto con R.N. Lyon; la Anglo Mexican Mining Company fue dirigida por William Williamson; la Catorce Company por Stokes y la dirección de la United Mexican Mining Association fue compartida por Lucas Alamán y William Glennie, quien junto con su familia permaneció ligado a la minería de Guanajuato a lo largo del siglo.¹⁵

La peculiaridad de la forma en que se registró la presencia británica en México consistió en la llegada no sólo de personal directivo y administrativo de dichas empresas desde Gran Bretaña, sino que uno de los principales objetivos de su establecimiento fue el de utilizar mano de obra inglesa en ciertas labores, tales como las de vigilancia, y aquellas que requerían de cierta destreza en el uso de las innovaciones tecnológicas que se intentaban adaptar a las minas mexicanas, como es el caso de la máquina de vapor. La forma de atracción inicial fue el ofrecimiento de pago a destajo, a cuya oferta respondieron los primeros 36 empleados de esta compañía.¹⁶ En 1825 se embarcaron 123 trabajadores; en 1826, 18 más; en 1827 se agregan 139 peticiones para residencia; en 1828 se sabe de 6 llegadas más en la espera de otros 20; en junio de 1830 llegan 8 más. Como asientan Herrera, Velasco y Flores, "no volverá a existir otra migración británica tan importante a lo largo del siglo XIX".¹⁷

A estas primeras oleadas de británicos se agregan varias a lo largo del siglo, que respondieron en gran medida a la coincidencia de periodos de crisis en Inglaterra y a la demanda de trabajadores en la minería de México. Para mediados de los años ochenta todavía existían aproximadamente 300 trabajadores originarios de Cornwall trabajando en la compañía Real del Monte.¹⁸ Un número desconocido se había dispersado en otros centros mineros como Guanajuato, Zacatecas, Bolaños y El Oro.

La comunidad de mineros *cornish* fue un caso muy particular en el contexto mexicano. Ningún otro grupo de británicos alcanzó el sentido de comunidad que se observó en los mineros de Pachuca y Real del Monte. Un sentido de comunidad que trascendió la localidad en donde se establecieron. La mayoría de los *cornish* man-

tuvo ligas muy estrechas con sus comunidades de origen y la administración de la compañía misma las utilizó como instrumento de control para sus trabajadores. Conforme la comunidad creció, se fueron estableciendo lazos matrimoniales con mexicanas o con sus connacionales, pero sus estilos de vida fueron reflejándose en el tipo de casas que construían, similares a las de sus pueblos, y en sus hábitos alimentarios. Mientras otros intentos colonizadores promovidos por el gobierno mexicano se perdieron en los debates sobre la libertad religiosa, la de los mineros británicos no encontró obstáculo para continuar con sus prácticas religiosas protestantes. Así lo confirma la erección de la iglesia metodista en Real del Monte, y el cementerio, conocido como el Cerro del Judío.

La permanencia en este país de los mineros ingleses fue posible gracias a su interés por invertir sus ahorros en las propias compañías o por las concesiones que lograban para abastecer insumos relacionados con la minería.

Británicos y mexicanos en la era del progreso

A partir de la disminución de las casas comerciales británicas a mediados del siglo XIX y la disolución de la mayoría de las empresas mineras británicas en la década de los treinta, la presencia inglesa representada por capital quedó limitada y, aún más, restringida debido a la oposición británica, encabezada por los tenedores de bonos mexicanos, para invertir mayores recursos en el país. Por otra parte, a fines de la década de los años sesenta el gobierno de Juárez rompió relaciones con Gran Bretaña debido al reconocimiento que este país había hecho al gobierno de Maximiliano. De este modo, no es sino hasta 1876, con la llegada de Porfirio Díaz al poder, que vuelven a coincidir los intereses económicos de ambos países, lo que facilita la afluencia de inversión británica y, por lo mismo, la entrada de ciudadanos británicos a nuestro país.

Durante el último cuarto del siglo XIX, Gran Bretaña desempeñó un papel hegemónico en el

mundo y fue el principal promotor de la expansión de la economía mundial. La inversión, la expansión y diversificación del comercio, así como la migración, fueron las pautas que marcaron el ingreso de las distintas economías a los flujos económicos internacionales. En el caso de México, fueron mucho más importantes los dos primeros elementos (a diferencia de otros países que recibieron grandes olas migratorias), particularmente porque embonaron perfectamente con el ímpetu modernizador que caracterizó al porfiriato (el cual asignó a la inversión extranjera un lugar vital). Además, en ambos casos la presencia británica tuvo un peso decisivo. La inversión registró un incremento sustancial de 28.4 millones de libras esterlinas en 1867 a 40.8 en 1885, cuando se reanudaron las relaciones diplomáticas y siguió registrando aumentos más modestos en las tres décadas siguientes.¹⁹

Durante este periodo de intereses reencontrados podemos observar una comunidad británica que: 1) Tiene un gran impacto por el control económico que ejerce en ciertas actividades. 2) Controla directamente sus inversiones dado el tipo de negocios a los que dedica su capital. 3) Encuentra un ambiente propicio en el que pueden florecer sus inversiones por el abierto respaldo que ofrece el gobierno mexicano. 4) La comunidad británica aparentemente está representada por un pequeño grupo de grandes capitalistas ligados a las élites mexicanas y a la comunidad de grandes empresarios de varias nacionalidades que operan en México.

El capital británico siguió en México ciertas líneas particulares. Como parte de su mercado de inversiones en América Latina, México ocupó tan sólo el tercer o cuarto lugar en importancia, frente a países como Argentina y Brasil. El peso de su importancia fue tempranamente rivalizado por Estados Unidos. Sin embargo, compartió la tendencia general en su orientación hacia la inversión directa. Es decir, que una proporción mayor del capital inglés vendría necesariamente acompañada de, al menos, un órgano administrativo, generalmente compuesto de súbditos británicos.

Entre 1876 y 1911, 304 compañías de capital

británico funcionaron en México y otras 23 tenían capital británico asociado.²⁰ El capital se dirigió fundamentalmente a la inversión en ferrocarriles, donde representaban, en 1911, 35 por ciento de la inversión; minas, con el 14.3 por ciento; negocio de extracción de hule, en petróleo, con 55 por ciento; y en servicios públicos, como electricidad, tranvías, introducción de agua potable y drenaje y construcción de puertos, cuyo control alcanzó el 89 por ciento.²¹

El ejemplo más significativo de la presencia económica británica en México fue la de la firma Pearson & Son. Weetman Dickinson Pearson (después nombrado lord Cowdray) vino fortuitamente por primera vez a México en 1889. Propietario de una empresa contratista, construyó el Gran Canal para el desagüe de la ciudad de México. En el transcurso de treinta años expandió y diversificó sus actividades de tal forma que, en 1920, se encontraba ligado no sólo a numerosas obras de infraestructura, sino a negocios de petróleo, ferrocarriles, electricidad, minería y procesamiento de yute.

El capital británico controlaba cerca del 90 por ciento de las obras públicas y la electricidad. La firma de Cowdray, por ejemplo, monopolizaba el mercado de abastecimiento de electricidad de Tamaulipas, Veracruz, Puebla y el Distrito Federal en más del 95 por ciento.²² El éxito de la firma consistió, en parte, en el estrecho control que estableció tanto en su nivel central como en el regional. En México estableció su centro de operaciones en sus oficinas de Puente de Alvarado, bajo la dirección de John B. Body, de Cornwall, quien estuvo en contacto con los directivos de otras empresas inglesas como la misma Real del Monte, que se mantuvo como el imán de inmigrantes ingleses a lo largo del siglo. Asimismo, esta compañía tuvo una oficina regional en cada uno de los estados en los que llevó a cabo trabajos, como en Veracruz, Tampico y Puebla.²³

A diferencia de lo ocurrido unas siete décadas atrás, cuando se recurrió al personal británico para puestos directivos y al reclutamiento de trabajadores mineros, en el caso de la empresa Pearson los directivos y técnicos no parecen haber llegado acompañados por grandes contin-

gentes de trabajadores británicos. Incluso se sabe que fue intensivo el uso de mano de obra local en la realización de distintas obras. Por ejemplo, en la construcción del ferrocarril interoceánico se contrataron en algún momento hasta 5,000 trabajadores mexicanos.²⁴ Así se constata también en el caso de las compañías de electricidad.

Uno de los elementos que apuntaló la expansión del capital británico fue el apoyo del gobierno mexicano. Existen evidencias muy claras de que, al menos en el caso de Cowdray, existía una estrecha relación con Porfirio Díaz, su familia, y otros miembros del gobierno y de la élite mexicana. El hijo de Díaz tenía acciones en la Tampico Electric Light, Power and Traction.²⁵ El mismo Porfirio Díaz era accionista de la Eagle Oil Company, compañía formada por Pearson.²⁶ Esta situación tiende a confirmar la idea de que la política de otorgamiento de concesiones para explotación de recursos pudo haber sido utilizada por el gobierno mexicano para favorecer al capital británico y contrarrestar así el peso del capital norteamericano.

Finalmente, hay también indicios de que los británicos en México no sólo acapararon actividades económicas muy importantes, sino que su control era ejercido por muy pocas personas. Algunos de éstos habían venido de Inglaterra, pero algunos otros habían sido reclutados del grupo de directivos que habían llegado originalmente a las minas del estado de Hidalgo. Tal fue el caso de Richard Honey of Chancewater, quien fungió como presidente de tres bancos, de dos compañías mineras, de dos compañías de ferrocarriles y de una compañía de pinturas. En el caso de las compañías británicas que lograron expandirse durante el principio del siglo XX, casi siempre funcionaron como corporaciones cerradas, cuyos socios y directivos eran generalmente familiares, amigos o socios directos.²⁷ Esto explica por qué, en números, la colonia británica ocupaba el quinto lugar de extranjeros en México, considerando que sus inversiones e intereses en el país eran cuantiosos.²⁸

Así, al doblar el siglo, la influencia económica de los británicos en México era notable, al tiempo que su pequeña comunidad se componía de altos ejecutivos de las compañías que manejaban en este país y de aquellos herederos de los primeros inmigrantes que llegaron a las minas mexicanas. A la par del impacto económico, los primeros compartieron con las élites mexicanas sus costumbres, los iniciaron en el polo y departieron juntos en lugares como el Jockey Club. La comunidad cornish del estado de Hidalgo heredó temporalmente la tradición por el cricket, y más permanentemente la del fútbol.²⁹

La importancia económica de los británicos en México se vio seriamente disminuida en los años treinta de este siglo. Coincidió la Revolución mexicana, la Primera Guerra Mundial y el vuelco autárquico que dieron la mayor parte de las economías a partir de la crisis del 29. Aunque la mayor parte de los intereses británicos, debido a su tamaño, a su posición estratégica dentro de la economía mexicana y a la capacidad de negociación que tuvieron sus directivos, sobrevivieron los vaivenes revolucionarios.³⁰ Durante este periodo sufren un repliegue, que se combina con una mala aceptación de las transformaciones promovidas por la Revolución. Esto desalienta su presencia en México.

Para concluir, se debe mencionar que la comunidad británica en México ha sido estudiada por la importancia económica que ha representado; gracias a ello podemos darnos una idea general de su paso por este país. Quedan todavía numerosos puntos por investigar y analizar si se quiere tener un panorama más completo y detallado. Una entrada sería la comparación de la presencia británica en otros países de América Latina o, en mayor escala, en países miembros de la Commonwealth: comparar la influencia, el peso económico, la difusión de sus costumbres y su dominio político en contextos distintos a los de la realidad mexicana.

Notas

¹ Leland Jenks, *The Migration of British Capital to 1875*, London, Nelson University Papers, 1971, p. 5.

² Asa Briggs, *A Social History of England*, London, Book Club Associates, 1983, pp. 170-180.

³ John Gallagher y Ronald Robinson, "The Imperialism of Free Trade", *Economic History Review*, vol. VI, núm. 1, 1953; D.C.M. Platt, "The Imperialism of Free Trade. Some Reservations", *EHR*, vol. XXI, núm. 2, 1968; W.M. Matthew, "The Imperialism of Free Trade: Peru 1920-1879", *EHR*, vol. XXI, núm. 3, 1968; Charles Jones, "Business Imperialism and Argentina 1875-1900: a Theoretical Note", *Journal of Latin American Studies*, vol. XII, núm. 2, 1980; Lorenzo Meyer, *Su majestad británica contra la Revolución mexicana 1900-1950*, México, El Colegio de México. Todos estos trabajos han contribuido al debate sobre la definición de imperio informal, estableciendo la pertinencia de afinar periodizaciones y casos particulares.

⁴ Bill Albert, *South America and the World Economy from Independence to 1930*, London, The Macmillan Press, 1983, p. 26.

⁵ Guadalupe Jiménez Cordinach, *La Gran Bretaña y la independencia de México, 1808-1821*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 353.

⁶ David A. Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, México, Fondo de Cultura Económica, capítulo IV. Brading señala, por ejemplo, que la minería de Zacatecas era controlada principalmente por españoles que emigraron llevando sus caudales consigo a raíz de la independencia.

⁷ P.L. Cottrell, *British Overseas Investment in the Nineteenth Century*, London, The Macmillan Press, 1975, p. 19.

⁸ George Dieter Berninger, *La inmigración en México (1821-1857)*, México, Sepsententas 144, p. 105.

⁹ Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa, pp. 133-134.

¹⁰ Hilarie J. Heath, "Los primeros escauceos del imperialismo en México. Las casas comerciales británicas, 1821-1867", *Historias*, núm. 22, abril-septiembre, 1989.

¹¹ Inés Herrera Canales, "Comercio y comerciantes en la costa del Pacífico mexicano a mediados del siglo XIX", *Historias*, núm. 20, abril-septiembre, 1988.

¹² Rosa María Meyer, "Los ingleses en México, la Casa Manning y Mackintosh (1824-1852)", *Historias*, núm. 16, enero-marzo, 1987.

¹³ Henry George Ward, *México en 1827*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 353.

¹⁴ Robert Randall, *Real del Monte: una empresa minera británica en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 82.

¹⁵ Henry George Ward, *op. cit.*, pp. 349-353. Existen claras evidencias de que la descendencia de William Glennie permaneció ligada a las actividades mineras: como expertos en el distrito de Guanajuato, de acuerdo con la documentación existente en el Fondo Rul y Azcárate.

¹⁶ Robert Randall, *op. cit.*, pp. 144-151.

¹⁷ Inés Herrera Canales, Cuauhtémoc Velasco Ávila y Eduardo Flores Clair, *Etnia y clase. Los trabajadores ingleses de la Compañía Real del Monte y Pachuca, 1824-1906*, México, INAH (Cuadernos de trabajo núm. 38), 1981, p. 8.

¹⁸ D.C.M. Platt, *Latin American and British Trade 1806-1914*, London, Adam & Charles Black, 1972, p. 132. A.C. Todd, *The Search for Silver. Cornish Miners in Mexico, 1824-1947*, Padstow, Cornwall, The Lodenek Press, 1977, p. 154, ofrece un testimonio de que registra alrededor de 500 cornish.

¹⁹ Irvine Stone, "British Direct and Portfolio Investment in Latin America Before 1914", *Journal of Economic History*, 1977.

²⁰ Alfred Tischendorf, *Great Britain and Mexico in the Era of Porfirio Diaz*, Durham, NC Duke University Press, 1961, p. 139.

²¹ Calculado de los totales que aparecen en Luis Nicolau D'Olwer, "Las inversiones extranjeras", *Historia moderna de México. El porfiriato. La vida económica*, México, Hermes, 1965, vol. VII.

²² Alma Laura Parra Campos, "The Origins of Electricity Supply in Mexico: The British Electrical Companies in a Period of Political Change and Economic Upheaval", tesis, mecanoscrito, apéndice estadístico.

²³ Pearson Collection, Science Museum, Londres, cajas A4, B2, B3, B4.

²⁴ Desmond Young, *Member for Mexico. A Biography of Weetman Pearson First Viscount Cowdray*, London, Cassell & Co., 1966, p. 106.

²⁵ Pearson Collection, Science Museum, Londres, caja B3, Tampico Electric Light Power and Traction.

²⁶ Alfred Tischendorf, *op. cit.*, p. 124.

²⁷ *Ibid.*, p. 126.

²⁸ Lorenzo Meyer, *op. cit.*, p. 61.

²⁹ William H. Beezley, *Judas at the Jockey Club and other Episodes of Porfirian Mexico*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1989, p. 18.

³⁰ Las compañías de electricidad, por ejemplo, logran su mayor expansión durante los años veinte.